

Simposio del Consejo Pontificio para la Cultura

Antonio Blanch *

ESTE simposio regional se celebró en Madrid, los días 23-25 de octubre de 1995, en los locales de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, corriendo la organización a cargo del arzobispado madrileño. El tema general de las sesiones era «La fe cristiana creadora de cultura». Con una orientación pluridisciplinar y enfocando las reflexiones hacia el tercer milenio, el programa fue desarrollado por un grupo de obispos y teólogos, que representaban muy variadas culturas, pero que convergían en una serie de líneas maestras. Por falta de espacio para dar cuenta de todas las intervenciones intentaremos sintetizarlas.

En la sesión inaugural el cardenal Paul Poupard, presidente de este Consejo Pontificio, y el cardenal Ricard M. Carles, arzobispo de Barcelona, ofrecieron el punto de partida y la razón básica por la que los cristianos deben hoy reflexionar e intervenir, con especial inspiración, en el ámbito de lo cultural. Ante ciertas tendencias que están marcando hoy de forma bastante deshumanizante la vida occidental, tales como el racionalismo tecnocrático, el pensamiento débil o la desmitificación y fragmen-

* Director del Instituto Fe y Secularidad. Madrid.

tación de los grandes principios morales y espirituales, el creyente cristiano no debe resignarse ni menos aún ausentarse del mundo cultural, sino procurar actuar en él de forma muy responsable, es decir, con un talante crítico, dialogante y creativo. Debe también atender de forma inteligente a una nueva inculturación en la modernidad; pero sobre todo debe asumir una actitud de acogida y respeto a las personas «diferentes» o socialmente marginadas. El futuro de una cultura realmente humana —y por tanto cristiana— dependerá en muy buena medida de nuestro coraje en la ardua tarea de sensibilizar las conciencias y en el desarrollo de actitudes e instituciones realmente solidarias.

Un personalismo que viene del Este

LA visión personalista de la cultura fue sin duda el factor común de casi todas las intervenciones en este simposio. Pero, conviene reseñar que la explicitación de esta filosofía de fondo fue tarea sobre todo de tres profesores que procedían de naciones del Este europeo: el polaco Stanislaw Grygiel, el checo Radim Palous y el ruso Sergej Averintsev. Aunque su intervención pública tuvo una extensión muy desigual, coincidían estos tres pensadores en reclamar para nuestras culturas europeas, tan despersonalizadas hoy por causas históricas diversas, una urgente recuperación del concepto cristiano de «persona humana», como valor supremo en toda realización cultural y política. Hoy se tiende a considerar al individuo como un valor cerrado sobre sí mismo y muy limitado en su trascendencia. Frente a esta mentalidad, hay que volver a proponer con energía la visión del hombre como un ser cuya identidad se define por su capacidad de entrega y fidelidad al otro. Este enfoque personalista entiende el trabajo, la amistad, el matrimonio, la familia y la nación, como una serie de «alianzas originales y naturales», y afirma que el fundamento de toda relación humana —y por consiguiente también de la cultura y el lenguaje— es la mutua estima y colaboración.

Éste sería también el concepto que habría que tener de la comunidad política, la patria o la nación. (Sobre el tema de la «cultura de la nación» se tuvo también un amplio diálogo durante este simposio.) La patria, en efecto, o la nación debe entenderse personalísticamente como una unidad natural y moral, que engloba no sólo las sucesivas alianzas originales, sino también la común fidelidad a un pasado y a un futuro convergente-

mente deseado. Los nacionalismos, en cambio, no parten de esta visión fuertemente integradora y dinámica, sino que, por causa de su identidad débil, caen en la autoidealización y en el violento desprecio de los demás pueblos. Del Estado también se discutió ampliamente en este simposio, como en seguida señalaremos; pero, en relación con el concepto personalista de nación, se insistió en que, al no ser el resultado de esas alianzas originarias, se reduce a una estructura de orden jurídico y administrativo, y corre el peligro de someter inconsiderablemente las comunidades originarias y los valores profundos de las personas.

¿Crisis del Estado democrático?

LA cultura es también un asunto político. Y esto no sólo porque dependa en muchos aspectos de la Administración pública, sino por su inexcusable condición social y comunitaria. Además, en cierta medida lo político es uno de los factores de lo que antropológicamente se entiende por cultura. Por ello no es de extrañar que en este encuentro sobre la cultura se tratara tan extensamente de ciertos aspectos políticos, como son el Estado, la tolerancia y las instituciones democráticas. Dos ponencias estuvieron especialmente centradas en estos temas, la del arzobispo de Madrid, Monseñor Antonio M. Rouco, y la del teólogo pontificio, el dominico suizo P. Georges M. Cottier. Resumimos a continuación algunas de sus reflexiones.

El Estado, al irse desacralizando en la Edad Moderna, tuvo que buscar su legitimación en un último fundamento ético. Y es sabido que tal fundamento ha sido el de la estima y respeto a la persona humana. Actitud, por cierto, de profunda raigambre cristiana. Pero, con el paso del tiempo y por razones históricas muy diversas, el reconocimiento de los derechos de la persona (o ética civil) se ha prestado a interpretaciones arbitrarias o puramente formales, sobre todo, cuando se recortan los derechos y valores más trascendentales, como pueden ser la condición religiosa de la persona o el derecho radical a la vida... Esto parece darse allí donde la estatalización está más en auge; y no sólo cuando se trata de un Estado totalitario, sino en aquellos casos de régimen democrático con acusada tendencia totalizante. Síntomas de esta desviación podrían ser la concentración estatal del poder informático o la propensión a mantener y crear masivamente una cultura de Estado. También parece darse este

abuso cuando desde el Estado se relega lo religioso (también la tradición y la cultura religiosa de un pueblo) a la esfera de lo privado. De ahí que no parece inoportuno preguntarse sobre la moralidad de un Estado democrático, no en teoría sino en lo concreto de una política estatal y/o gubernamental determinada.

El pensamiento cristiano, y más concretamente el magisterio católico en estas últimas décadas, ha acentuado, frente a la amenaza no plenamente democrática del estatismo, el concepto de libertad de la persona, libertad social y religiosa, y el principio de subsidiariedad de los individuos y de las instituciones privadas frente a las estatales. Y, junto con ello, ha insistido en la necesidad de dar un fundamento más sólido y permanente a todo reconocimiento constitucional de los derechos personales, atendiendo a los horizontes y valores más trascendentes a los que aspira, con todo derecho, la mayoría de los seres humanos. En todo caso, debería quedar claro que el mismo concepto de «dignidad de la persona» es de por sí trascendente a la misma sociedad y, todavía con mayor razón, al Estado.

Otros conceptos importantes se subrayaron con insistencia en el simposio: los de las nuevas «ideologías» y de la nueva «tolerancia». Parece, en efecto, que en no pocos regímenes democráticos y después del ocaso de las ideologías, se estaría usando el término de «tolerancia» —que es una admirable y necesaria virtud moral— en un sentido equívoco, por no decir falaz. Y es que se entiende la tolerancia como una estrategia, sin su exigible vinculación a la verdad. Sólo es posible tolerar algo desde el convencimiento de una verdad y no desde el agnosticismo o la indiferencia ante los principios. Hoy, sin embargo, parece que la única verdad que existe es la que resulta de la mayoría o del consenso político. Los derechos de la persona resultan entonces inalienables sólo hasta que una mayoría no decide lo contrario. La tiranía de las mayorías en todos los ámbitos de la vida (social, moral y cultural) hace que ciertos mecanismos democráticos se absoluticen (se conviertan en una ideología) y que el mismo concepto de tolerancia deje de ser una virtud para convertirse en una formalidad sin apenas contenido. Hasta tal punto que, como consecuencia de estas prácticas, hoy la opinión pública tiende a tildar de «fanático» a todo el que defiende públicamente una verdad trascendente, no plegada al funcionalismo de los poderes públicos. Con todo este discurso lo que se estaba denunciando era el grave proceso de despersonalización

de la vida política y, en consecuencia, también y muy especialmente de la vida cultural.

Ante una situación tan compleja en el mundo de la cultura y ante las nuevas propuestas de la modernidad avanzada, las conclusiones del simposio no fueron, sin embargo, ni de alarma ni de rechazo, sino que se instaba a los cristianos a vivir con renovada ilusión, pero no ingenuamente, en la vida contemporánea, con una visión de apertura no sectaria sino católica, es decir, universal. El cardenal Poupard, en la sesión de clausura del simposio, se encargó de recoger, en apretada síntesis, las principales ideas expuestas y debatidas durante los tres días. Insistió sobre la necesidad de entender la cultura no sólo en su aspecto elitista, sino sobre todo en sus dimensiones más comunes y de la vida cotidiana, para lograr oír en el corazón de la vida esa llamada, quizás inconsciente en algunos pero no por ello menos desesperada, por encontrar nuevas alternativas a una existencia tantas veces alienada y despersonalizada. Animó también a los cristianos a moverse en los ámbitos culturales con un espíritu siempre abierto y dialogante, creyendo y comunicando esperanza en una nueva alianza de los pueblos y las culturas, en una convergencia de mentalidades y de afectos profundos, por encima de ideologías y estructuras de poder. Desarrolló por último, como propuesta más concreta, el concepto de inculturación de la fe cristiana, que pudiera servir de programa y método para una nueva evangelización del mundo moderno. «No se trata de que una supuesta cultura cristiana absorba a las demás culturas, sino de que las diversas culturas asimilen la inspiración de la fe cristiana». Con un espíritu auténticamente democrático de respeto por la dignidad trascendente de cada persona y de las comunidades naturales, apreciando lo plural y lo fragmentario, el creyente cristiano, como San Pablo, debe entregarse y desvivirse para que en nuestra cultura europea, de cara al tercer milenio, el misterio de Cristo vuelva a iluminar el camino de los pueblos hacia el encuentro con el Dios de la verdad y del amor.